

HOSPITALIZACIÓN NAVAL EN LA HABANA HASTA SU INDEPENDENCIA

Manuel MARTÍNEZ CERRO
Coronel de Sanidad

La presencia de las diversas escuadras españolas en aguas de Cuba y las mortíferas epidemias presionaron en la instalación de varios centros hospitalarios para la atención sanitaria del personal tanto embarcado como de tierra firme.

No es fácil evaluar la cuantía del personal sanitario desplazado a esta colonia durante los siglos de permanencia. Sin duda fue elevadísimo, y realizó una meritoria labor.



STAMOS viviendo, en el ámbito castrense, momentos de incertidumbre respecto a la asistencia sanitaria, tanto de los efectivos militares como de sus familias, por cuanto las plantillas del personal sanitario van reduciéndose, a la par que las de los hospitales. Nuevos tiempos, nuevos modos y a todo nos tendremos que acostumbrar, pero sépase que la perplejidad y los desasosiegos actuales no son exclusivamente de estos momentos, aunque eso no nos consuele. En nuestras posesiones de ultramar, hace muchos años, se vivieron jornadas de escasez muy dolorosas. De ellas ya hemos hablado desde estas páginas al referirnos a nuestro Apostadero de Filipinas. Ahora lo hacemos del de Cuba.

Hemos de remontarnos a los años 1566-68 para localizar en La Habana un rudimentario primer hospital, en que se atendía a los marinos enfermos, conjuntamente con los del Ejército, tras la jornada de Florida. Naturalmente este hospital, más propiamente albergue o simple hospitalillo, del que no ha trascendido el nombre con el que era conocido, era de concepción muy elemental, pero actuó de trampolín para la fundación de otro con más amplitud de miras. Este nuevo hospital, llamado Hospital de San Felipe y Santiago, malvivió durante el resto del siglo XVI, en el que la situación económica en

que se movía la sanidad naval era más que deficiente, a pesar de las aportaciones que recibía de los descuentos hechos al personal militar y de limosnas diversas (1).

En los inicios del siglo XVII, el Hospital de San Felipe pasó a ser regentado por los hermanos de San Juan de Dios, que darán nombre a la institución hospitalaria y que soportaba idénticas escaseces, no obstante las ayudas recibidas desde la Corte «para la cura y regalía de los enfermos» y la concesión, para el mismo fin, de la «gracia de que las embarcaciones que viniesen con registro a este Puerto [La Habana], huviere de pagar al anclaje, una cuarta parte de la soldada de un marinero». Este hospital, Hospital de San Juan de Dios, en el que se atendía «por tres reales diarios por estancia... con cama, comida, medicina...», a mediados de siglo tenía tres salas de regular tamaño con cien camas y un importante movimiento de hospitalización, tanto de hombres blancos como de color; se complementaba con el Hospital de Convalecientes, regentado por los hermanos de Belén, que alcanzaron gran popularidad por la urgencia con que atendían a los enfermos (2).

En tiempos de Felipe V (1700-1745), el primer monarca Borbón, que en solo cinco años formó una numerosa escuadra, apoyado en el tándem Alberoni-Patiño, se levantó en La Habana un importante astillero, germen de su arsenal, motivando el asentamiento definitivo del apostadero en aquella ciudad. El nuevo monarca nombró y financió a un médico para el referido Hospital de San Juan de Dios, que carecía de él. En este nosocomio (3) todos los oficiales y soldados «que huviesen de venir a curar... huviesen de contraer el socorro diario, todos los días que en él estuviesen». Pero pronto se decide habilitar un hospital propio. Será el de Marina de San Isidro, situado dentro de la ciudad, frente a la iglesia-hospicio del mismo nombre, con botica propia. Su ubicación era buena, ya que estaba junto al astillero y el arsenal de Marina. Era de gran amplitud y el lugar gozaba de ambiente «sano y ventilado». Pero su vida fue efímera, retornando la hospitalidad naval a la anterior situación, al Hospital de San Juan de Dios. Lo precario de la situación económica de dicho dispensario, a mediados del siglo XVIII, apremiado de deudas y pobreza, hizo que el prior de este convento-hospital solicitase el incremento del valor de las estancias a «quatro reales de plata mexicana, cada un día, por cada uno y seis pesos por el entierro, de cada uno» (4).

Justificaban los hermanos este intento de subida de la hospitalidad al hecho de que, al carecer de fondos, gran parte de los alimentos precisos en la aten-

(1) CLAVIJO, Salvador: *La Trayectoria Hospitalaria de la Armada Española*. Editorial Naval. Madrid, 1944.

(2) *Ibíd.*, p. 216.

(3) Antigua denominación de los hospitales.

(4) CLAVIJO, Salvador: *Ibíd.*, p. 219.

ción de los enfermos eran cedidos por los almacenistas en calidad de fiado, facturando «al precio que querían». La verdad es que las autoridades de Marina del departamento no accedían a la solicitud de los religiosos basándose en que éstos no daban buen servicio hospitalario, lo que motivaba frecuentes quejas, que abocaron en la decisión de los referidos enfermos de Marina de preferir la atención sanitaria fuera del hospital. Las quejas de los interesados llegaban a denunciar «la mala asistencia espiritual y temporal afirmando existir pruebas de haver fallecido muchos infestados sin sacramentos» (5). Se pormenoriza sobre el «desaseo extraordinario en las camas y alimentos incompetentes», que llegaba tanto a las «harinas, cochinos, vino, y aguardiente, como a las medicinas, lanas y lienzos» (6). Razones por las cuales los marineros enfermos disimulaban enfermedades y accidentes, prefiriendo realizar la curación en casas particulares (7). De esta escasez de recursos no se libraban ni los religiosos enfermeros, que solo recibían del convento «una corta y pobre ración», con la que tenían que atender su uniformidad, cual eran, «los havitos y paños interiores y exteriores que necesitan para su decencia» (8).

De nuevo se resucita la idea de retornar al Hospital de San Isidro, pero ésta no pasó del presupuesto, insistiéndose en levantar uno nuevo que generara saludables efectos en la Real Hacienda y repercutiera positivamente en los enfermos. El problema de la nueva construcción no se resuelve, pero las quejas tampoco amainan, pidiéndose la presencia de los cirujanos de la Armada en la asistencia a los enfermos de la escuadra alojados en el Hospital de San Juan de Dios. De otra parte, el suministro del pan y de las medicinas era problemático; del primero, la ración que se suministraba era escasa; del segundo, los religiosos presentaban oposición a que los médicos de la Armada recetasen contra los medicamentos suministrados por la botica del hospital. En el fondo lo que se pretendía era presionar para subir el importe de las estancias. La administración militar aducía que dicho hospital recibía, concedidos por la Corona, determinados «privilegios y el importe de los novenos y anclaje... en atención a que disfruten los enfermos de sus Vageles, especialmente los de la escuadra de Barlovento, la mejor asistencia... ofertando el aumento en tres reales y medio el importe de las estancias» (9).

Tras varios intentos fallidos de levantar un hospital exclusivamente naval, la epidemia de vómito negro (fiebre amarilla) que asoló Cuba en el verano de 1761, produciendo numerosísimas bajas, motivó que las autoridades locales de la Marina adecuasen, «no con poco trabaxo y algún gasto» uno nuevo

(5) *Ibídem*, p. 223.

(6) *Ibídem*, p. 220.

(7) *Ibídem*, p. 224.

(8) *Ibídem*, p. 220.

(9) *Ibídem*, p. 225.

provisional, extramuros de la ciudad, junto a la factoría de tabacos y del astillero, atendido por personal sanitario propio y regido por reglamento. Un contratista atendía el suministro de medicinas «por tres quartillos de real cada hospitalidad», reduciéndose el gasto de ésta a menos de tres reales. El nuevo hospital, llamado de San Carlos de la Caridad, de corta vida, mantuvo su operatividad en ocasión de la invasión inglesa a la isla, a pesar de lo vulnerable de su emplazamiento (10).

El personal de Ejército enfermo era atendido en el llamado Hospital Real de San Ambrosio. Bajo este ampuloso nombre, se escondía una simple casa, que tenía adjuntas otras diez de menores proporciones. El costo de la hospitalidad era de siete reales de plata, «sin incluir el importe de 18 quartillos de vino que se repartían diariamente entre la dependencia» (11). Si bien prestaba una deficiente asistencia, las autoridades de la isla pretendían unificar la hospitalidad del Ejército con el de Marina, alojando los de ésta en el citado Hospital de San Ambrosio.

Dado que la comunidad de franciscanos solicitó ocupar el recinto de San Isidro, que tenían arrendado a la Marina, ésta tuvo que acelerar en la adecuación de unas instalaciones hospitalarias, dentro del arsenal, en la llamada Casa del Rey, destinada inicialmente a gálibos. Era de dimensiones considerables, «con hermosas i dilatadas piezas i mejor pureza de ayres». A dicho hospital fueron trasladados los enfermos desde el de San Isidro, a excepción de los hécticos (12). De otra parte, la Marina mantuvo bajo su control las instalaciones de San Isidro, que seguían siéndole útiles, sobre todo en prevención de una llegada a puerto de escuadras portando enfermos, como era habitual.

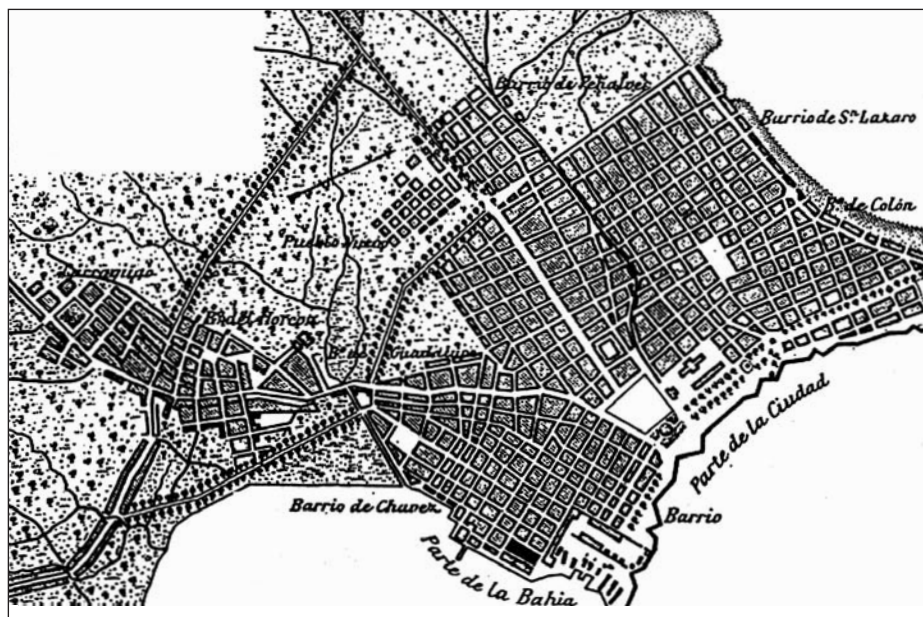
Nuevamente, los hospitales de La Habana y su personal sanitario hicieron frente a la mortífera epidemia de vómito negro que surgió en 1794 entre el personal embarcado, que diezmó sus efectivos, quedando en sólo 800 hombres de los 1.700 iniciales. Puede figurarse en qué condiciones se encontraban ambos hospitales, lo que motivó la ocupación de cuantos recintos eran hábiles, como los corredores del Convento de los Padres de Belén y algunos pabellones en el Castillo de la Cabaña, sin contar con los barracones que se improvisaron para atender a los negros, sirvientes de artillería (13). A pesar de tantas necesidades hospitalarias, la Marina abandonó el Hospital de San Isidro por Real Orden de 24 de enero de 1799. Con la llegada del nuevo siglo la hospitalidad naval en La Habana va polarizándose cada vez más en el Hospital de San Ambrosio, de Ejército. En dos salas de dicho hospital recibirán atención, exclusivamente, los «matriculados de Marina», aunque con faculta-

(10) *Ibídem*, p. 226.

(11) *Ibídem*, p. 228.

(12) Tuberculosos.

(13) CLAVIJO, Salvador: *Ibídem*, p. 237.



Plano (por barrios) de la ciudad de La Habana a mediados del siglo XIX, con el lugar del levantamiento del Hospital de San Ambrosio, en el que se recogía toda la hospitalidad, tanto del Ejército como de la Armada (trazo negro). (Museo Naval. Madrid).

tivos de Ejército (14). Finalmente, en 1842 el Hospital de San Ambrosio dejó de estar operativo y fue suprimido, pasando la hospitalidad a los locales de la llamada Casa de la Factoría que, tras las preceptivas reformas, llegó a tener 1.000 camas. En él serían atendidos clínicamente los militares, independientemente del ejército a que pertenecieran, durante todo el siglo XIX. Años atrás, sobre el solar del nuevo Hospital de la Plaza, estuvo situada una factoría para elaboración y depósito de tabacos, en la ensenada de Atares, lindando con el arsenal, en pleno barrio de Jesús María. Existió hasta 1897, hasta que se construyó otro nuevo, el Hospital Militar de Alfonso XIII, que sería el último recinto donde fueron atendidos los militares españoles de aquella colonia y en el que la Marina tenía asignadas salas propias bajo el control sanitario de médicos navales (15). Como es bien sabido, España abandonó la isla de Cuba tras el desastre naval del 9 de junio de 1898.

(14) *Ibídem*, p. 239.

(15) *Ibídem*, p. 240.